



Todo lo que soy¹

Martín Prieto²

Voy a dejar de lado, por convencionales, o porque no tengo el talento narrativo suficiente para convertir en interesante lo convencional, los episodios literarios de la primera infancia: los libros de María Elena Walsh, los cuentos de Polidoro, la un poco inverosímil anécdota contada por mi mamá, que dice que nos leía a mi hermana y a mi “La fundación mitológica de Buenos Aires” antes de mandarnos a dormir, los recordados cuentos de mi papá, creo que –o espero que– inventados por él. Uno, de un carancho que caía en picada desde lo alto del cielo repitiendo “apártate piedra que te parto/ apártate piedra que te parto”. Mi primera carta, escrita a los cinco años y dirigida a mi todavía hoy amigo el Chacra, que vivía entonces en Metz, Francia, conservada por mi mamá en una fotocopia en negativo. Mi primer relato, al año siguiente, cuyo protagonista era un pato y su antagonista un tiburón (el tiburón se comía al pato). Un cuadro que había en un pasillo de mi casa, con la reproducción de un poema de Jorge Manrique, y el primer poema que aprendí a recitar de memoria, sin entender qué quería decir y que, según supe muchos años más tarde, pertenecía a Amado Nervo:

¹Este texto, inédito hasta hoy, fue interpretado por primera vez el 7 de septiembre de 2004 en el ciclo La carne al asador, coordinado por Gustavo López y Lucía Bianco en el Centro cultural de España en Buenos Aires, y por segunda y última vez el 28 de mayo de 2005 en el ciclo Expandir mensajes, en El Levante, Rosario. Los poemas que lo cierran, menos el primero, que se publica por primera vez, pertenecen al libro *Los temas de peso*, Bahía Blanca, Vox, 2009

²**Martín Prieto** nació en Rosario en 1961. Publicó *Breve historia de la literatura argentina*, los libros de poemas *Verde y blanco*, *La música antes*, *La fragancia de una planta de maíz*, *Baja presión*, *Los temas de peso* y *Natural*. Y la novela *Calle de las Escuelas número 13*. Dirigió el proyecto *Paraná ra'Anga*. Expedición fluvial Buenos Aires-Asunción del Paraguay. Es Profesor de Literatura Argentina en la Universidad Nacional de Rosario y director del Centro cultural Parque de España.

¿Conoces tú la flor de batatilla
la flor sencilla, la modesta flor?
Así es la dicha que mi labio nombra:
crece a la sombra mas se marchita con la luz del sol.

En esos años, y esto sí creo que tiene más interés, en mi casa había lo que se conocía como “muchacha cama adentro”. Hermelinda, Jorgelina, Ramona, Estela (que en realidad se llamaba Nélide) vivieron sucesivamente con nosotros entre, más o menos, 1962 y 1970. La casa, nuestra casa, la que todavía es hoy la casa de mis padres, era más o menos chica y no tenía “dependencias de servicio”, por lo que decir que Hermelinda, Jorgelina, Ramona, o Estela vivían con nosotros es decir la verdad. De hecho, y esto tal vez sea anecdótico, pero en todo caso, no es tan anecdótico, Hermelinda fue, durante un tiempo, la novia de un amigo de mis padres, el Negro Ielpi, quien le escribió un poema, titulado “El vals de Hermelinda”, publicado en su libro *Viajeros y desterrados*.

Hermelinda, y después Jorgelina, Ramona y Estela ocupaban la habitación más grande de la casa, que mis padres recién pudieron ocupar cuando mi hermana y yo, acercándonos a la adolescencia, empezamos a reclamar cuarto propio, que fue para la misma época en la que el dinero se acabó, y ya no lo hubo para, entre muchas otras cosas, las “muchachas cama adentro.” Yo me quedé en el que estaba, mi hermana pasó al de mis padres y mis padres se corrieron al de las chicas. En aquellos anteriores años hermosos por muchas razones, también compartimos con las chicas –es aquí adonde quería llegar– el uso del Wincofón que estaba en el living de la casa, sobre la biblioteca baja, junto a la ventana que daba a la calle Dorrego. Las discotecas, en cambio, no se cruzaban casi nunca. De un lado quedaban los long plays de mis padres (Los Fronterizos, Edmundo Rivero, Miriam Makeba) y, del otro, las disolventes pilas de discos simples de las chicas, renovadas según se sucedían los festivales de San Remo:

Tanto tanto me querías
Tanto tanto me engañabas
Como poco casi nada
Has podido amarme tú

Tu que ahora me has enseñado
Como no se quiere más.

cantaba Gabriella Ferri, “la voz de la canción popular”, quien un invierno, en Viterbo, y a los 63 años se mató, tirándose del balcón de su casa.

Para esa misma época, por otra parte, empecé a leer, atraído por las tapas duras y brillantes de color verde esmeralda de la edición de Antonio Zamora, los poemas de Rubén Darío, con una afición dirigida, sobre todo, a las rimas de los poemas de *Azul* y de *Prosas Profanas*:

En invernales horas, mirad a Carolina.
Medio apelotonada, descansa en el sillón,
envuelta con su abrigo de marta cibelina
y no lejos del fuego que brilla en el salón.

El fino angora blanco junto a ella se reclina,
rozando con su pico la falda de Alençon,
no lejos de las jarras de porcelana china
que medio oculta un biombo de seda del Japón.

Con sus sutiles filtros la invade un dulce sueño;
entro, sin hacer ruido; dejo mi abrigo gris;
voy a besar su rostro, rosado y halagüeño

como una rosa roja que fuera flor de lis.
Abre los ojos, mírame, con su mirar risueño,
y en tanto cae la nieve del cielo de París.

Y para el Año nuevo de 1972, esto es, a fines de 1971, cuando yo, que había pedido un disco, esperaba que me regalaran uno de *Música en Libertad*, mis padres, que eran rarísimos, me regalaron un simple que traía, de ambos lados, una versión de “Argentino hasta la muerte”, el poema de César Fernández Moreno leído por el propio autor, a quien yo había “descubierto” un par de años antes, en una publicidad publicada en la revista *El Gráfico*, donde Fernández Moreno, desde una fotografía color sepia, a toda página, rodeado de una enorme bodega, y con un vaso en la mano, recomendaba el consumo de whisky Old Smuggler. Astor Piazzolla, y Juan Carlos Harriot, mi admirado polista (sin haber

visto nunca yo un partido de polo) eran otros de los que recomendaban el famoso whisky nacional, hecho con maltas escocesas:

te avivaste *gallo ciego* pero no tenés ni lenguaje
te las a armar Mallarmé
qué vachaché Jacques Vaché
what do you think cholito
qué sería de mí sin la máquina de escribir
ella me expresa tan bien sobre todo cuando se equivoca
estoy *candaso agodato* diré mas *exhasuto*
ay de mí cómo se pronunciarán algunos actores de cine
vos usté tu ta te ti corasón corazón que vas a hacerle hacelle bla bla bla
si no sabés no siquiera sabés quién sos eres
batime che Keyserling
Orteguita pasame el dato
et bien je suis argentin

No sé bien cómo, porque el resultado de la suma no es perfecto, ni el proceso es consciente y por lo tanto, absolutamente decodificable, pero yo supongo que hubo, que en algún momento hubo, la intención de combinar esos dos aparatos artísticos de orden completamente diferente: Darío y Fernández Moreno, aun con sus evidentes distancias, por un lado y, por el otro, todos los premiados en San Remo: Ferri, pero tambien Nicola Di Bari, Salvatore Adamo, Bobby Solo, Roberto Carlos (en italiano):

La festa appena cominciata è già finita
IL cielo non è piu con noi
IL nostro amore era l'invidia di chi è solo
La mia ricchezza la tua allegria
Perché giurare che sarà l'ultima volta
IL cuore non ti crederà
Qualcuno ti darà la mano
E com un bacio un'altra storia nascerà.

Es notable que yo no haya visto que esa combinación se daba (o ya se había dado) en los discos de un cantautor que era el único que formaba parte de las pilas de discos de mis padres y de las chicas: Leonardo Favio:

Por donde hay que no vaya tu recuerdo conmigo.
Cada esquina que cruzo, cada metro que pasa
ella es, un pájaro que huye, una canción lejana, ella es.
Aquel cine en mi barrio, una hoja que cae: ella es
aquella que yo quise, aquella que he perdido, la que no ha de volver.

Como no lo vi (o tal vez porque el prejuicio cultural de mi casa, que era libresco, me hizo pensar que esa síntesis debía de estar en la biblioteca y no en la discoteca) tomé un camino “erróneo”, para usar un lindo concepto de Harold Bloom en *La angustia de las influencias*. Y empecé a leer a Mario Benedetti, a Pablo Neruda, a Gustavo Adolfo Bécquer, derivando hacia las canciones de Bertolt Brecht, pero también hacia todo el coloquialismo rosarino de los años 70: el político de Hugo Diz y el sentimental de Jorge Isaías.

De esa época son los poemas de mis dos primeros libros: *Poesía de cuarta*, una edición colectiva de 1980 –donde mis poemas están dedicados, precisamente, a Jorge Isaías–, y *Con uno basta*, otra edición colectiva, esta vez preparada por Daniel Samoilovich, de 1982. Oscar Taborda y yo participamos de ambas; Sergio Cueto, Eugenio Previgliano y Carla Borgonovo de la primera, pero no de la segunda, y Daniel García Helder, Rafael Bielsa y Ricardo Guiamet de la segunda y no de la primera.

No fui un poeta precoz. O, mejor, dicho, no fui un buen poeta precoz. Y la conclusión a la que una sensibilidad inteligente, o una inteligencia sensible, hubiese llegado en menos de una tarde, yo la encontré después de casi diez años de falsa experimentación, dando vueltas alrededor de lo mismo, queriendo ser un poeta antes que escribir poemas, mirando, diría Rilke, hacia fuera en vez de mirar hacia adentro. Diez años de uso figurado de la lengua poética, diez años de falso subjetivismo, diez años de poesía falsamente confesional, frente al problema de que los sentimientos y las sensaciones que yo desarrollaba o exponía en mis poemas no eran míos –que prácticamente no tenía ningún sentimiento ni ninguna sensación– sino de los poetas a los que yo leía, y de los cantantes a los que escuchaba. Así, por ejemplo, escribía poemas de tristeza, o

de abandono, siendo esas sensaciones que no había experimentado mayormente, y no teniendo por otra parte, no digo ya una idea, sino ni siquiera la intuición teórica acerca de la posibilidad de la construcción, en poesía, de un personaje a través del cual, precisamente, experimentar lo no experimentado, sentir lo no sentido, etc. Tanto es así, tan ligada estaba la idea de poesía a primera persona y a confesionalidad (aunque el yo estuviera, literalmente, vacío, y literalmente también, no hubiera nada que confesar) que mi primer libro individual de poemas (que nunca publiqué) se llamaba *de la eme hasta la pe*.

En la facultad, a los 18 años, conocí a Sergio Cueto, que era un tipo muy serio que había leído a los poetas españoles (a Manrique, por ejemplo) y a los ingleses y a los norteamericanos. Y en un bar conocí a Eugenio Previgliano, y a través de Previgliano conocí a Carla Borgonovo, y a través de Carla a Oscar Taborda y a Ricardo Guiamet, y a través de Guiamet a Daniel García Helder. No es que Cueto, Taborda, o Helder, hubiesen resuelto uno solo de los problemas que me aquejaban a mí, aunque yo no lo supiera. Pero el cotejo de eso que yo hacía con lo que hacían ellos (que era, por lo pronto, completamente diferente a lo mío y, a su vez, diferente entre sí) paulatinamente me fue alejando de eso que era yo, o de eso que creía ser yo y que no era nada y paradójicamente acercándome a una cosa que estaba muy lejos en ese momento de mí, y que terminó siendo yo.

De allí, y ahora sí de un modo más consciente, más programático y, simultáneamente, más artístico, y también relacionado con las primeras protoexperiencias que hicimos con Helder de “crítica literaria”, en una revista que se llamaba *Risario*, y que estuvieron en la base de lo que hicimos después en *Diario de Poesía*, empezamos a, digamos así, limpiar la cancha –y esta es una época en la que la primera persona del singular vira a la primera persona del plural: nosotros: Helder, Taborda y yo–. Limpiarla del sentimentalismo impostado de Juan Gelman y de sus (para nosotros) insoportables pájaros en diminutivo y del confesionalismo de Jorge Luis Borges que se la pasaba no habiendo sido feliz.

Escribimos con Helder un poema que se llamaba “Todo lo que soy”, que hacíamos en un show de poesía espectacular, en 1982. El poema empezaba con un verso que decía “Yo no soy Jorge Luis Borges”. Y después: “Yo no soy Alberto Girri”, “Yo no soy Juan José Saer”, “Yo no soy Ricardo Piglia” –la tirada estaba abierta, y disponible a nuestra inspiración: la única condición que tenía que tener ese escritor que nosotros no éramos, era que su nombre fuera pentasilábico: que tuviera las mismas cinco sílabas del nombre de Jorge Luis Borges. A veces la tirada se abría hacia afuera de la literatura (“Yo no soy Juan Pablo Renzi”; “Yo no soy Guillermo Kuitca”), para cerrar siempre del mismo modo: “Pero sobre todo: Yo no soy Jorge Luis Borges”

De ahí, a una experimentación a veces hasta primaria (escribir “él” en lugar de “yo” como modo de una búsqueda insensata de la impersonalidad)–y también a una búsqueda real, con toda la furia bibliográfica: desde Eliot, el poeta y el crítico, hasta, naturalmente, Gustave Flaubert, el mejor poeta del siglo XIX, según la famosa boutade a medias de Ezra Pound y, un poco más cerca, Saer: el Saer de *En la zona*, de *Responso*, de *Palo y hueso*, de *Unidad de lugar* y, también, el Saer poeta, de un librito cuadrado que se llamaba *El arte de narrar*, publicado en 1977 en Caracas y del que nosotros creíamos, tal vez con razón, que teníamos el único ejemplar que había en toda la Argentina.

De esos años son *La ciencia ficción*, de Taborda, no publicado nunca, aunque algunos de sus poemas se dejaron ver en el número 1 de *Diario de Poesía*, en 1986, *Quince poemas*, el libro que publicaron conjuntamente Helder y Rafael Bielsa en 1988, *El faro de Guereño*, el libro que finalmente publicó Helder en 1990 y *Verde y blanco*, este sí mi primer libro de poemas, publicado en 1988.

Mucho después, Delfina Muschietti me pidió un trabajo para un libro que se iba a llamar, creo, *Poesía y subjetividad*. El libro no se publicó, pero el pedido de Delfina me sirvió como estímulo para ponerme a pensar en algunas cosas en las que no había pensado nunca. Y de ese pensamiento, a la deriva de mis recuerdos, tratando de reconstruir lo que posiblemente sea en verdad irreconstruible, encontré que el germen de esas “conclusiones” –llamemos a ese paquete de libros y de poemas “conclusiones”– a las que habíamos llegado entre mediados y finales de los años 80, después de habernos leído una biblioteca

enorme que también incluía a Alberto Girri, a Constantino Kavafys, a Marianne Moore, a Joaquín Giannuzzi, a Hugo Padeletti, a Mirta Rosenberg, el germen, de mi parte, estaba, otra vez, en 1969 o 1970, en la humilde discoteca que rodeaba al más humilde Wincofon en el living de la casa de mis padres. Uno, en un disco simple de Leonardo Favio, en el lado B, no recuerdo ya si de “Fuiste mía un verano”, o de “Ella es”. Ese lado B traía una canción que después no pasó a long plays de Favio, tal vez porque no fuera “buena”, o suficientemente popular. Se llamaba “Mi tristeza es mía y nada más”, estaba firmada, creo yo, por Favio y Yako Monti, o por Favio y Yako Seller, o sólo por Yako Monti, o por Yako Seller y decía:

Mi tristeza es mía y nada más.
Mi tristeza es mía y sola está.
No quiero consuelos,
no no no voy a llorar.
Sólo mi tristeza y nada más.
Que nadie me hable del amor
Para mí la luna es un lugar.

Ahí, la luna como metáfora de nada, como un lugar: “un espacio ocupado o que puede ser ocupado por un cuerpo cualquiera.” Y también, de otro disco, pero este sí de la discoteca de mis padres y no de la de las chicas: Serge Reggiani, el francés, y una canción que se llama “L’absence”, donde una persiana batiente, un paño desgarrado, una agenda abierta, la voz de alguien que, en la calle, vende mandarinas y una mujer, en esa misma calle, vestida de azul marino, paseando a su hija, conforman el grupo de objetos o, diría Eliot, la cadena de acontecimientos que deben terminar en una experiencia sensoria en particular; en el caso de la canción, “la ausencia.”

Pero después lei a Juan L. Ortiz de un modo sistemático, verdadero, de punta a punta, con lápiz en la mano, para escribir un artículo que se publicó en la *Obra completa* de Ortiz preparada por Sergio Delgado en 1996, que no refleja, ese artículo, nada de la enorme experiencia sensible, lingüística y conceptual que significó para mí el contacto con esa obra.

Rosa y dorada

la ribera.
La ribera rosa y dorada.

Febrero,
y ya estás,
belleza última, en el cielo y el agua.

Etérea,
pero ya estás,
vapor flotante de un sueño
que parece de flor y es de un lúcido pensamiento
que se busca
y se suspende
mientras el cielo es un ardor sensible.

Por los caminos pálidos, entre la hierba oscura,
el alma es un olvido hacia una orilla eterna.

Después de Ortiz, o a través de Ortiz, fue el pase a los simbolistas (a los de acá –Mastronardi, por ejemplo–, y a los de allá: el primero de todos. Baudelaire), pero también a los románticos, y a Rilke, llenando de consejos a ese joven poeta que yo había dejado de ser, cronológicamente, hacía un montón de tiempo, pero que, a la intemperie otra vez, lo era de nuevo: “la contemplación es un límite; ha llegado la hora de obrar con el corazón”. Pero no con el corazón prestado de ese que creía ser yo cuando tenía 18 o 19 años, ni tampoco con ese corazón vacío de ese que era yo cuando tenía diez años más. De ese nuevo impulso, de esa revelación pero no ahora como corte, sino como una suma de todo lo que soy, de San Remo y de Rubén Darío, de Yako Monti, de Yako Seller y de Juan L. Ortiz, de Benedetti, Neruda, Becquer, Isaías, Diz y Saer, de Música en Libertad y de Taborda, Cueto, Helder, y Bielsa, son estos poemas que voy a leer esta noche:

25 años más tarde

Hubiera ido a la fiesta sólo para verte. O:
no fui a la fiesta porque no te quería ver
ni que me vieras como estaremos ahora.

Pero hasta el final tuve el número de teléfono
donde había que reservar la tarjeta,
y en un cajón los 33 pesos –que incluían una placa
en la escuela y una copa de champán.

Algo

Algo que está cerca,
que duerme con vos
y que es lo mismo que está lejos:
un punto rojo en otra galaxia
que si está al lado
no sabés qué es
y que cuando es remoto
parece familiar.

La duda

Y blan, blan, el agua golpeaba
contra el toldo empapado.
Era un verano demoledor,
una sucesión de calor y de lluvia
y de abrir todas las mañanas la cajita
y ver que otra vezla andaluza
no había escrito una sola línea
y vos que no sabías
si era una estrategia
o el final del amor.

La revelación

El relámpago de la juventud se apagó
justo cuando te escribía una carta
que no te mandé. La carta era imperial:
hablaba de un tanque australiano
donde nos habíamos bañado un verano
y de las flores blancas y amarillas
de unos nenúfares que se enredaban en tu pelo
y volaban como si fuesen marionetas de mariposas

cada vez que vos movías la cabeza
para sacártelas de encima
–y no se iban. ¿Por qué te escribí?
¿Por qué terminó la tormenta
que parecía que iba a durar para siempre?
¿Por qué una cosa sucedió mientras sucedía la otra?
Envejecí escribiéndote una carta
cuyo objeto era retratarte como fuiste una vez
y por cada célula tuya que lograba inmortalizar
se moría una mía, una mía se moría, se moría.

Lo que va de una cosa a la otra

Te fuiste, volviste, te volviste a ir,
en lugar de mensajes grabaste
en el contestador unas canciones
que debíamos descifrar, pero
te olvidaste de que el vigor
de un signo compuesto
a las seis de la mañana
no puede interpretarse igual
a las nueve de la noche
y yo leía indiferencia donde había amor,
claridad en el agua turbia de un pantano.

Mi corazón

Había llovido y el agua de la lluvia
había batido el agua del mar –tanto–
que la playa estaba cubierta
por una espuma liviana que voló ingrávida
cuando la pateaste haciéndote la loca
y el que volaba era entonces mi corazón.

Nuevo amor

Sobre la madera rayada de la mesa
hay unos vasos que arman un dibujo irracional
que tiene sin embargo un sentido
en la rara cabeza de la que me gusta ahora.

Camino a Soldini

El caballo tiraba el carro y arriba del carro iban dos como borrachos pero que eran pobres. En la esquina de Perón juntaron a dos borrachos más, otros se subieron casi en la curva que se va para Pérez también subió una vieja, se colgó del pescante y acarició las ancas del caballo, estaban empapadas, y después se pasó las manos por el pelo, ahora olía como si fuera de caballo, le dijo al que sostenía las riendas con la zurda “ahora dame un latigazo a mí” y el otro tardó un rato en decirle “vieja loca”.